## El gato chino

Rose se había quedado ensimismada mirando aquel muñequito dorado cuyo brazo se movía rítmicamente arriba y abajo. «¿Cómo se llamaba?», se preguntó. Había visto decenas de ellos en tiendas de todo el mundo y no recordaba el nombre… el gato chino de la suerte… tenía un nombre, desde luego. Se había vuelto a poner de moda y no había establecimiento que no lo tuviera en su mostrador. Aquel bar de carretera no era una excepción y su dueño lo había colocado enfrente de la barra, entre dos botellas de licores.

Removió con una cucharilla la taza de café que le habían servido, con la idea de disolver el terrón de azúcar. Después sacó un blíster de pastillas de uno de los bolsillos de su cazadora de cuero negra, extrajo una píldora, introdujo de nuevo el blíster en el bolsillo y después cerró la cremallera plateada. Una de las muchas cremalleras que tenía aquella escueta prenda que llevaba sobre un todavía más escueto jersey que apenas le cubría lo imprescindible.

Se introdujo la pastilla en la boca y la tragó mientras bebía los primeros sorbos de aquel asqueroso café. Los vómitos la estaban matando, y esperaba que con ese comprimido desaparecieran un poco.

Mientras bebía, volvió a contemplar de nuevo al gato de la suerte. Su brazo izquierdo no paraba de subir y bajar rítmicamente, como si quisiera decir sí, sí, sí.

Entonces lo tuvo claro, y decidió seguir adelante con lo que había planeado. Su padre no debía enterarse, desde luego. No debía enterarse bajo ningún concepto.

Terminó de beberse el café, y con el último sorbo hizo una mueca de asco, una vez más. Pero en ese momento unas fuertes manos masculinas se introdujeron por debajo de su jersey y comenzaron a acariciar sus pechos. El hombre a quién pertenecían las manos estaba detrás de ella, y había comenzado ya a besarla con pequeños mordiscos en su blanco cuello, tras apartar ligeramente la larga melena rubia que lo cubría.

Rose se levantó del taburete y se dio la vuelta.

—¿Nos vamos, nena? —le dijo aquel fornido varón, sin sacar las manos de donde las tenía. Ella le agarró del cuello y comenzó a besarle de forma apasionada. Sus ajustadas mallas de cuero negro se apretaban contra aquel hombre y se fundían en una única figura del mismo material, el tejido con el que iban vestidos los dos. Sus zapatos de tacón de aguja igualaban casi la altura de Jack, a pesar de que éste también calzaba unas altas botas camperas afiladas llenas de chinchetas plateadas.

Los dos siguieron besándose durante un rato más, mientras el barman les miraba en la soledad de aquel tugurio en el que estaban solos los tres. Las escasas luces de color blanquecino le daban un color espectral a un local casi desvencijado que sobrevivía gracias a los escasos *drifters* que todavía quedaban por aquellas carreteras. Sus dos clientes parecían sacados de una postal de los años cincuenta del siglo XX, cuando se estilaban unas indumentarias cada vez menos frecuentes en la sociedad tecnológica de mediados del siglo XXI.

El barman contemplaba impávido aquella escena sin que los dos amantes parecieran inmutarse por su presencia. El hombre del traje de cuero era alto, moreno, con el pelo largo y ondulado y cuando este le preguntó por dónde estaba el servicio, le pareció reconocer el acento y la expresión de un indio cherokee. La chica por el contrario era muy blanca, rubia y delgada, con los ojos azules y una expresión de tristeza que mantenía incluso durante aquel apasionado beso. Se fijó un poco más y observó cómo de sus ojos cerrados comenzaba a salir una lágrima que estaba ya recorriendo una mejilla pálida ligeramente sonrosada.

Finalmente se separaron y la chica acercó su muñeca izquierda al panel digital en el que el barman le mostraba el importe del café que había consumido. El aparato dejó escapar un suave pitido mientras que la lágrima caía a pocos centímetros del mismo y se descomponía en pequeñas gotitas sobre la barra sin que ni su dueña ni su acompañante parecieran darse cuenta.

Después, las dos figuras se marcharon del bar cogidas de la mano, en dirección a la imponente moto Harley Davidson que estaba aparcada en la puerta del establecimiento. Los dos se pusieron sus cascos oscuros mientras el hombre desbloqueaba el manillar de la máquina y la chica se sentaba detrás de él apretándose fuerte contra su espalda. A continuación, tras un rugido atronador, los dos enfilaron aquella carretera en medio del desierto y desaparecieron en la noche.

https://www.smashwords.com/books/view/1099343